

Corrupción

por Pablo Ney Ferreira (*)

A poco de lograr el sistema democrático un sitio de privilegio en los conflictivos sistemas políticos latinoamericanos, este vocablo no cesa de distorsionar la necesaria transparencia del accionar público gubernamental legítimo.

Y son innumerables los actos de corrupción denunciados en los países que fueron afectados por la ola democratizadora que afectó a América Latina en los años ochenta; el tan ansiado autogobierno por sí solo no parece solucionar un vicio que le era imputado a los gobiernos autocráticos, el cual puede complicar el porvenir de este complejo sistema de gobierno.

La corrupción, realizando una pequeña revisión histórica, parece ser uno de los problemas que han enfrentado todas las formas de gobierno que se han dado o impuesto los hombres, democracias, regímenes autoritarios, totalitarios, populismos etcétera, todos han recibido por parte de sus escritores políticos contemporáneos acusaciones de malversación de fondos públicos, coimas, etcétera.

Hace solo 2.300 años el primer ministro brahmán de Chandragupta listó "por lo menos cuarenta maneras" de malversar fondos del gobierno, Platón habla del soborno en "Las Leyes", un escritor del siglo XVI, Abdul Rahman Ibn Khaldun señala que la causa fundamental de la corrupción es la pasión por la vida lujosa dentro del grupo gobernante. Era para "alcanzar el costo del lujo que el gobernante acudía a arreglos corruptos".

La corrupción se torna más probable en sociedades donde el lujo y el dinero ocupan una destacada posición en la escala valorativa de una comunidad, decía Aristóteles que el interés desenfrenado por el dinero tiende a desnaturalizar las funciones de los individuos, así el médico no atiende a sus enfermos para curarlos (función natural) sino "pura y exclusivamente" para cobrar (función desnaturalizada).

En el año 184 a.C., mientras la República romana se sentía cada vez más bajo la influencia cultural de los griegos, fue nombrado Marcus Porcius Cato como censor. Catón el Censor inició una vigorosa campaña para preservar la austeridad heredada, contra el lujo y la corrupción que seguían a la conquista, pero finalmente fracasó. El monje dominico Savonarola hizo lo propio en la Florencia renacentista, con igual suerte mercediendo el tono sarcástico de Maquiavelo, quien lo denominó como "un profeta desarmado".

La lucha contra la corrupción configura un continuo en la historia política, y las distintas posiciones éticas al respecto se suceden; la influencia que posee este fenómeno en la desnaturalización de las distintas formas de gobierno es un tema ampliamente estudiado.

En la clasificación que nos ofrece Aristóteles sobre las distintas formas de gobierno podemos distinguir las siguientes: como formas buenas o deseables nos menciona a la monarquía, la aristocracia y la politeia; como formas perversas destaca respectivamente a la tiranía, la oligarquía y la democracia. El criterio utilizado por el estagirita es precisamente el de las formas naturales y las desnaturalizadas con respecto a un criterio básico: el interés común.

Si uno, varios o muchos gobiernan con miras al interés común, entonces estamos frente a formas buenas, si los mismos gobiernan con intereses privados o particulares entonces caemos en formas perversas.

Y si bien es condenable la corrupción en un nivel privado, mucho peor y más grave lo es en el nivel estatal ya que si el estado mismo es corrupto ¿quién vela por la transparencia de las gestiones?

Si es cierto que el poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente. Toda nuestra constitución no es sino un sistema de controles mutuos donde se trata de evitar la absolutización del poder y la corrupción consiguiente. Plazos, límites, separación de poderes, distintos niveles: nacional, municipal, todo este sistema de controles sumado a la mayor publicidad de los actos gubernativos ayudan a bajar los niveles de corrupción.

EL DILEMA ETICO

Existen por lo menos dos tendencias centrales en las que se puede ubicar a los autores que desde la ética han tratado el tema de la corrupción: la ética de la intención y la ética de la responsabilidad.

Para la ética principista (o de la intención) los hechos son buenos o malos de acuerdo a su intencionalidad e independientemente de su resultado; el máximo exponente de esta idea quizás se encuentre en la filosofía práctica de Immanuel Kant. Por otro lado la otra escuela está integrada por autores utilitaristas y pragmáticos anglosajones como Hume, Bentham y Stuart Mill, quienes sostienen que el aspecto más importante no se encuentra en la intención de las acciones

nes sino en sus resultados. Un ejemplo podrá ilustrar mejor ambas tendencias; Robert Nozick nos menciona un dilema muy preciso: durante el transcurso de una guerra capturo a un enemigo el cual yo sé precisamente que conoce dónde se encuentra una bomba que destruirá toda mi ciudad, pero solamente puedo obtener esta información si lo torturo. ¿Qué hacer?

Los principistas me dirán que de ninguna manera se lo deberá torturar ya que éste es un hecho detestable en sí, por otro lado los pragmáticos me dirán que la vida de millones vale más que la de uno solo y que además es un enemigo de guerra. Esto constituye un dilema trágico, pero nos deja la interrogante de hasta qué punto no es deseable un mal menor en aras de un bien mucho mayor.

Dos ejemplos al respecto son precisamente los que dan Bernardo de Mandeville desde su "Fábula de las abejas" y Adam Smith desde su "Teoría de los sentimientos morales".

Presupone Mandeville que las abejas actúan con un sentimiento egoísta y de envidia, sin embargo gracias a la organización colmenar esto reditúa en un bien común; por otro lado desde la obra citada y contra lo que muchos suponen, Adam Smith describe a los ricos de una manera poco apologética hablando de lo vanidoso y egoísta de sus caprichos, pero nos dice que gracias a estos vicios es que trabajan numerosos arquitectos, artesanos, obre-

ros y albañiles: este es el principio fundamental de la economía liberal. Por otro lado la moraleja de Mandeville nos deja la sensación de que con leyes inteligentes, los vicios privados pueden convertirse en virtudes públicas.

UNA ENCRUCIJADA PARA EL SISTEMA

Un argumento contra los pragmáticos es que sin duda la corrupción es un fenómeno endémico, desde que partimos de la base en que se necesitan dos personas para un acto de corrupción.

La corrupción dentro de un sistema tiende a expandirse por numerosas razones (que no vamos a tratar aquí) y va creando desconfianza en el complejo tejido de expectativas recíprocas que constituye una sociedad moderna.

En un sistema corrupto reina la desconfianza, los ciudadanos desconfían de los gobernantes y los gobernantes desconfían de los ciudadanos (es el caso de la evasión de impuestos donde el ciudadano desconfía del gobierno en cuanto al destino que dará a su aporte y el estado desconfía del ciudadano en cuanto al porcentaje elevado de evasores).

Los costos de la corrupción para un sistema político son mencionados por el cientista político Michael Nacht en estos términos: Eficiencia: - Desperdicia recursos

Crea "males públicos" (negligencia policial, funcionarios ineptos etcétera.)

- Distorsiona políticas

Distribución: - Reasigna recursos a los ricos y poderosos, a aquellos con poder militar o policial, o a aquellos con poder monopolístico.

Incentivos: - Desvía energías de funcionarios y ciudadanos hacia la búsqueda socialmente improductiva de rentas corruptas.

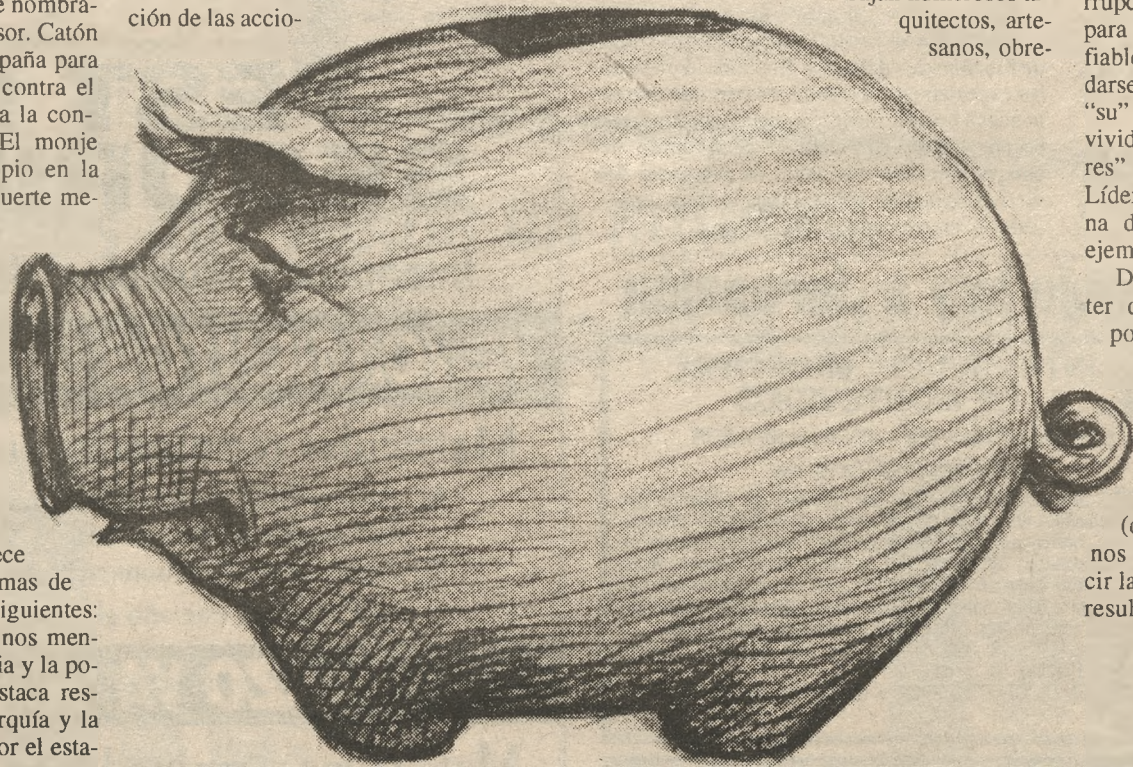
Crea riesgos, induce medidas preventivas improductivas, aleja las inversiones de las áreas con alta corrupción.

Política: - engendra alienación y cinismo popular.

- Crea inestabilidad del régimen.

Al crear todas estas disfunciones, la corrupción se vuelve un problema no menor para el desarrollo de un sistema político confiable y efectivo. Pero también hay que cuidarse de los que pretenden imponer a otros "su" propia moral, experiencias atroces han vivido el mundo frente a seres "moralizadores" que purifican una "sociedad corrupta". Líderes como Collor, Fujimori, o la intentona del mismo Chávez en Venezuela son ejemplos negativos recientes.

Dice el filósofo español Fernando Savater que "intentar contener la corrupción política con la ética es como si se entrara a apagar un incendio forestal con un hisopo de agua bendita", pienso que solo con la ética por cierto sería muy difícil (si no imposible), pero con una conjunción de fuerte acción sistemática estatal compartida (democrática) y con la convicción que nos brinda la ética, no es imposible reducir la desconfianza mutua generalizada que resulta de un estado de corrupción.



(*) Pablo Ney Ferreira es columnista de LA REPUBLICA en temas de Ciencia Política

Ilustración: G. Serrano